

## LAS DOCTRINAS SOCIALISTAS

Andrés Suzzarini<sup>1</sup>

### Resumen

Se expone en este ensayo una visión de las doctrinas socialistas que se han sucedido a partir de las utopías del Renacimiento y se muestra que, comparado con el socialismo utópico y las utopías del Renacimiento, el marxismo aparece como más fantástico, porque éste pretende alcanzar de plano, y por asalto, lo que sus predecesores proyectaban mediante procedimientos graduales, la observación de los hechos y la educación; creen asimismo los marxistas en la novísima ciencia que dicen haber inventado o descubierto, capaz de dar respuesta y solución de manera automática y universal a todos los asuntos humanos y divinos.

**Palabras clave:** socialismo, socialismo utópico, marxismo, materialismo histórico, utopía.

## THE SOCIALIST DOCTRINES

### Summary

In this essay we present a vision of the socialist doctrines following Renaissance's utopias, in order to compare them with Marxism as a more

---

<sup>1</sup> Andrés Suzzarini Baloa es profesor de lógica y filosofía en el Departamento de Filosofía, Escuela de Educación de la Universidad de Los Andes. Autor de numerosos artículos y de los libros: *La doctrina platónica del alma*, *La utopía platónica* y *El concepto de lógica poética en la obra de Antonio Machado*.

fantastic doctrine in its appearance, because it seeks to achieve, right away and by force, the goal projected by his predecessors through gradual procedures, observation of facts and education. The Marxists also believe in the new science they claim to have invented or discovered. According to them, this new science is able to give answers automatically and universally by solving all human and divine affairs.

**Key words:** Socialism. Utopian Socialism. Marxism. Historical Materialism. Utopia.

### 1. Los socialistas utópicos

A finales del siglo XVIII, y como consecuencia de la revolución francesa, especialmente en lo relativo a la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, las ideas de los utopistas del Renacimiento encontraron eco en distintas doctrinas redentoristas que se proponían la mejoría de la condición humana, y especialmente las condiciones de vida de las masas trabajadoras. Esas doctrinas tuvieron durante todo el siglo XIX una gran difusión y se presentaron en un gran número y con grandes diferencias entre sí. Es sólo bien entrado el siglo XIX cuando podemos considerar que se llega a establecer una definición más o menos universalmente aceptada del socialismo, con la aparición de la doctrina socialista marxista y su amplia difusión.

No nos proponemos hacer aquí un estudio de estas teorías, pues nada agregan a nuestro propósito de fijar un concepto de utopía que nos permita caracterizar como tal a la doctrina platónica<sup>2</sup> que se refiere a la implantación del mejor régimen de gobierno posible. Sólo queremos referirnos a ellas someramente para mostrar la proyección en el tiempo de las teorías utópicas del Renacimiento en estas nuevas doctrinas, incluida también la doctrina marxista. Lo primero que podemos constatar en ellas, aparte del propósito redentorista, son los distintos significados que las palabra socialismo y socialista reciben en cada caso, y que con frecuencia no son más que unas denominaciones externas, dadas por personas que no se identifican

---

<sup>2</sup> Este trabajo es parte del que lleva por título *La utopía platónica*.

necesariamente con esos movimientos. Ambas palabras, *socialismo* y *socialista*, se forman con la palabra *social*, en contraste con la palabra *individual*, y se aplicaban, según Cole<sup>3</sup>, tanto a las personas que defendían doctrinas con tal designación, como a las doctrinas profesadas por ellas. Socialistas eran entonces, en criterio de este autor, quienes oponiéndose al predominio de los requerimientos del individuo, resaltaban el elemento social como elemento primordial en las relaciones humanas y en el gran debate que acerca de los derechos del hombre había desencadenado en gran parte del mundo la revolución francesa».<sup>4</sup>

El elemento más notorio que vincula al socialismo con las utopías renacentistas es la declaración de la preeminencia de lo colectivo sobre lo individual. La revolución francesa al promover el reconocimiento de los derechos del ciudadano obviamente ponderaba más los derechos individuales. Estas nuevas doctrinas que con mayor o menor precisión caen bajo la denominación de socialistas, van a implantar en la historia del derecho la idea de la existencia de derechos colectivos. No podemos desconocer, naturalmente, que desde muy remotos tiempos distintas agrupaciones de hombres, asociados para propósitos definidos, como los distintos gremios de artesanos, estaban sometidas a leyes que les afectaban como corporaciones. Pero la nueva idea de un derecho colectivo está referida al conjunto de la sociedad. El hombre, por ser un ente social, debe ser protegido en la misma medida en que debe ser protegida la sociedad a la cual pertenece. Naturalmente, la mirada de los socialistas se dirige en primer término, dentro de la concepción de los derechos colectivos, a la situación de los menos favorecidos dentro del contexto social: los trabajadores y los más pobres.

Es este otro aspecto que los emparenta con las utopías del Renacimiento, el ser, además, doctrinas de crítica de las injusticias derivadas de las relaciones sociales de un determinado momento histórico. Los socialistas dirigen su mirada a las lamentables condiciones de vida de las masas trabajadoras frente a la opulencia en que viven los dueños de las nuevas empresas industriales y los restos de una antigua nobleza ociosa. Destacan así una inequidad en el reparto de los bienes producidos, pues quienes más participan en el esfuerzo productivo son quienes menos

<sup>3</sup> Cf. Cole, G. D. H., *Historia del pensamiento socialista*, p. 10

<sup>4</sup> *Ibidem*.

reciben de los productos. Esa inequidad en el reparto de los bienes determina un estado de miseria que se aprecia en la imposibilidad de satisfacer completamente aun las necesidades más urgentes, como comida, vestido y techo, así como también el verse obligados participar de distintas formas de delincuencia y mendicidad.

Un tercer elemento que permite caracterizar a estas nuevas corrientes es su posición ante el problema de la propiedad. Las tres teorías utópicas del Renacimiento coincidían en identificar a la propiedad privada como la causa fundamental de todos los males sociales y consecuentemente recomendaban su eliminación para iniciar la tarea de reconstrucción social que habría de llevarnos hacia la sociedad feliz. Ahora nos encontramos con proposiciones que también destacan la importancia de las relaciones de propiedad, pero que no exigen su supresión como condición necesaria para llegar a la justicia social. No es una sola la posición de las distintas corrientes socialistas respecto a la propiedad, pero podemos señalar que todas ellas señalan la necesidad de limitar la propiedad privada, gravándola con impuestos por ejemplo, o creando formas nuevas de propiedad, como distintas formas de asociaciones voluntarias cooperativas, que se mostrarían como propiedad colectiva. No se trata pues, en principio, de liquidar la propiedad privada, sino de reglamentarla a la vez que se crean instituciones de propiedad colectiva, las cuales por su intención cooperativa estaban orientadas hacia el logro de la participación de los trabajadores y hombres pobres en la eliminación de la propia miseria. Esto no excluiría una ulterior evolución de la sociedad en la total colectivización.

Esta posición en torno a la propiedad es una consecuencia del carácter de los nuevos tiempos. Toda teoría, toda concepción acerca de cualquier problema, se da necesariamente dentro de determinadas coordenadas históricas. Tal como ocurrió con las utopías del Renacimiento, que de alguna manera reflejaban las condiciones sociales, económicas y culturales de su momento, también las nuevas corrientes de redención social debían obedecer a su momento histórico y reflejar las mismas condiciones. Ellas nacen en el ambiente de exaltación de los sentimientos libertarios generados por la revolución francesa, por el creciente desarrollo industrial resultado de los avances tecnológicos aplicados al desarrollo de la máquina de vapor, logro, a su vez, de los avances en el conocimiento científico y, concurrentemente, de una nueva concepción del capital. La revolución francesa despertó en la

mayoría de las gentes la voluntad de participación política y de búsqueda de formas de organización de la ciudadanía en las decisiones que la afectaban. También los pobres y los trabajadores debían encontrar una participación en la actividad política en busca de sus derechos históricamente menoscabados, pero no fue ello el producto de una organización surgida de los mismos trabajadores sino de la voluntad filantrópica de unos reformadores. Estos reformadores no tenían necesariamente una actitud en contra del capital ni de los capitalistas, y en muchos casos pretendían la colaboración de estos para sus propósitos de justicia social. Por otra parte aspiraban a valerse de los logros científicos y tecnológicos para alcanzar una organización más racional de la sociedad. Pero pesar de las muchas coincidencias, no eran menos sus diferencias y desacuerdos en la práctica, de manera que el nombre de *socialistas*, con que fueron todos posteriormente conocidos, no podía aplicarse a todos en el mismo sentido, sino «a quienes defendían alguno de los muchos “sistemas sociales” que luchaban entre sí y que coincidían en la hostilidad contra el orden individualista que prevalecía en lo económico, y contra el predominio concedido a las cuestiones políticas sobre las sociales y económicas en las opiniones y actitudes contemporáneas.<sup>5</sup>

Podemos limitar nuestra inspección de los llamados socialismos utópicos a solamente tres de ellos. Una consideración más detallada de los numerosos programas que merecieron la denominación de socialistas nos ocuparía demasiado tiempo y espacio y nos llevaría más allá de lo que nos hemos propuesto. Nos bastará hacer referencia a los tres autores que suelen ser identificados como los primeros, y de quienes se derivarían todas las demás manifestaciones más o menos importantes. Los grupos originariamente denominados *socialistas* fueron principalmente tres: los saint-simonianos y los fourieristas en Francia, y en la gran Bretaña los owenianos, que, en 1841 adoptaron oficialmente el nombre de socialistas. Pese a sus muchas diferencias, Saint Simon, Fourier y Robert Owen coincidían esencialmente en el punto de vista social<sup>6</sup>.

De tal manera, el concepto de socialismo con el cual eran identificados estos grupos se identifica con un concepto de socialismo de sentido muy lato que aún

---

<sup>5</sup> Cf. Cole, *ibídem*, p. 10

<sup>6</sup> Cf. *Ibídem*.

existe en nuestros días, y que podríamos llamar socialismo democrático, pero dista mucho del concepto predominante a nuestra manera de ver y que es derivado del concepto marxista. Lo que hoy llamamos socialismo democrático también se presenta en distintas versiones que no coinciden en un todo, sino en general, por su preocupación por los problemas sociales lo mismo que sus precursores, tal como lo resume Cole:

«En primer lugar, los tres consideraban la “cuestión social”, con mucho, la más importante de todas, e insistían en promover la felicidad y el bienestar generales. En segundo término, los tres consideraban esta tarea incompatible con la continuación de cualquier orden social que se basara en una lucha de competencia entre los hombres por obtener los medios de vida o que la fomentase. En tercer lugar, los tres desconfiaban mucho de la “política” y de los políticos y creían que la dirección futura de los asuntos sociales deberían ejercerla principalmente no los parlamentos o los ministros, sino “los productores».<sup>7</sup>

El primero de ellos, Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon era un noble imbuido de las ideas de la revolución francesa y amante de la libertad, nacido en 1760, que pretendía ser descendiente de Carlomagno. A pesar de su nobleza estaba sinceramente preocupado por la suerte de las clases productoras las cuales se encontraban injustamente sometidas a una clase ociosa. Sus ideas fundamentales relativas a la transformación de la sociedad se encuentran en su obra *Catecismo político de los industriales*, publicado por primera vez entre 1823 y 1824. En ella sostiene que la clase de los industriales debe organizarse para asumir la dirección de la sociedad y garantizar el bienestar de esta clase la más numerosa, acabando con la dominación de los ociosos, es decir, de los nobles y los militares. Los *industriales* no son para Saint-Simon solamente los empresarios dueños de las industrias sino todos los productores de bienes en los cual confluyen tanto los capitalistas

---

<sup>7</sup> *Ibíd.*, p. 11.

como los obreros y los trabajadores del campo. La idea de una contradicción de intereses entre los obreros y sus patronos dista de estar presente en su *Catecismo*, según su propia definición de lo que es un industrial:

«Un industrial es un hombre que trabaja en producir o en poner al alcance de la mano de los diferentes miembros de la sociedad uno o varios medios materiales de satisfacer sus necesidades o sus gustos físicos; de esta forma, un cultivador que siembra trigo, que cría aves o animales domésticos, es un industrial; un aperador, un herrero, un cerrajero, un carpintero, son industriales; un fabricante de zapatos, de sombreros, de telas, de paños de cachemiras, son industriales»<sup>8</sup>.

El segundo grupo, los fourieristas, derivan su nombre de Charles Fourier (1772-1837), quien era de origen humilde y vivía de empleos muy modestos. Su visión de la reforma social no pretende alcanzar el dominio del Estado sino la organización de pequeñas cooperativas de participación voluntaria. Estas cooperativas recibían de él el nombre de “falansterios”. Los falansterios serían principalmente comunidades agrícolas tendientes a la producción con vistas a la satisfacción de las necesidades fundamentales de sus miembros. Pero además pretendía que el trabajo no fuese una dura necesidad sino un acto placentero, de manera que cada hombre debía realizar sólo el trabajo que le resultara satisfactorio. Los trabajos desagradables, que necesariamente deben estar en toda organización social, corresponden a una fase de la edad de sus miembros, pues de ellos se ocuparían los más jóvenes. Sus ideas se encuentran plasmadas especialmente en su primer libro, publicado en 1808, *Teoría de los cuatro movimientos y de los destinos generales*, un libro de amplio radio que pretendía ser una teoría filosófica que explicaría la totalidad de los problemas importantes del hombre y el universo, como puede leerse en el siguiente fragmento:

---

<sup>8</sup> Saint-Simon. *Catecismo político de los industriales*, p. 37.

«Solicito la atención para una verdad insólita para los civilizados: que la Teoría de los cuatro movimientos, social, animal, orgánico y material constituye el único estudio que la razón debiera proponerse. Se trata del estudio del Sistema general de la Naturaleza, problema que Dios plantea a todos los Globos; y sus habitantes no podrán lograr la felicidad hasta que no lo hayan resuelto».<sup>9</sup>

El tercer grupo está representado por Robert Owen (1771-1858) nacido en Newport, Inglaterra. Procedía de una familia modesta, pero se inició en la industria de textiles. Desde su propia empresa promovió importantes medidas a favor de sus trabajadores. Más tarde quiso que estas medidas se extendieran a todas las empresas, para lo cual impulsó la promulgación de leyes en defensa del derecho de los trabajadores. Tenía una concepción general acerca de la conducta humana que determinó la orientación de las reformas que propuso. Pensaba que para obtener una sociedad que funcionara racionalmente era necesario empezar por hacer en ella dos grandes cambios. En primer lugar, acabar con las creencias falsas acerca de la formación del carácter de los hombres y luego abandonar la competencia sin limitaciones, característica de las empresas industriales y que inducía a cada patrono a una conducta inhumana. En este sentido trataba de convencer a esos patronos de que garantizar unas buenas condiciones de trabajo y remuneraciones apropiadas no era algo incompatible con la obtención de dividendos ventajosos para el capital invertido. También Owen daba una enorme importancia a la educación, a la cual dedicó muchas páginas de reflexión, como instrumento para cambiar la calidad de la vida humana y mejorar las condiciones de trabajo. Esa educación sería dirigida a toda la sociedad, pues se trataba de la regeneración de toda ella, pero especialmente a la población en su sentido más extenso.

Pensaba asimismo que se debían establecer por ley limitaciones en el rendimiento del capital, de tal manera que parte de las ganancias se dedicaran al bienestar de los trabajadores de manera colectiva. Las fábricas deberían ser reformadas a fin de obtener mejores condiciones ambientales para los trabajadores. En principio,

---

<sup>9</sup> Fourier, Charles. *Teoría de los cuatro movimientos y de los destinos generales*, p. 15.



Owen se dedicó a predicar la necesidad de reformas sociales y a tratar de ganar para sus ideas, más que a los propios trabajadores, principales beneficiarios de ellas, a los empresarios, en quienes quería estimular tendencias filantrópicas. Fue más tarde, quizás por no encontrar suficientes almas filantrópicas, que promovió la fundación de comunidades socialistas, primero en Inglaterra y luego en Estados Unidos. Todas sin ningún éxito.

A pesar del fracaso práctico de las proposiciones de los primeros socialistas, su influencia posterior fue muy grande. Sus teorías sirvieron de fundamento a las posteriores doctrinas políticas que asumieron la denominación de *socialistas*, especialmente las de los sedicentes socialistas científicos. Por sí mismos y también por intermedio de éstos influyeron en todas las leyes de protección laboral que se fueron elaborando en el curso del siglo XX. Fracasaron las prédicas y las comunas. Fueron agriamente criticados. En buena medida desprestigiados. Su desprestigio alcanzó al mismo concepto de *utopía*. Adquirió el sentido de fantasía imposible, cuando no cosa de locos. A ello colaboró la vida más o menos extravagante de los utopistas. Los marxistas fueron los más efectivos en esa desvalorización del concepto. Según Engels, «estos nuevos sistemas nacían condenados a moverse en el reino de la utopía; cuanto más detallados y minuciosos fueran, más tenían que degenerar en puras fantasías»<sup>10</sup>. Pero no los únicos ni los primeros: «En 1839, el economista Jérôme Blanqui, en su precursora *History of Political Economy*, los denominaba a todos *socialistas utópicos*, nombre que había de quedar permanentemente unido a ellos por haberlo adoptado Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*».<sup>11</sup>

## 2. El socialismo científico

La actividad práctica de los que hemos llamado socialismos utópicos se realizó fundamentalmente como creación de formas de asociación con miras a la convivencia de grupos sociales que trataban de vivir bajo un régimen de colaboración para resolver las necesidades de la vida diaria, especialmente las relativas a la alimentación, la habitación y el vestido. Se organizaban fundamentalmente entonces como comunidades de producción. Ejemplo de ello son los falansterios de Fou-

<sup>10</sup> Engels, p. 126.

<sup>11</sup> Cole. Op.cit. p.12.

rier o las asociaciones de Owen. Pero los miembros de esas sociedades no buscaban una participación en la vida política del Estado en forma de sindicatos o partidos políticos. Sin embargo otros grupos se manifestaban con cada vez mayor fuerza por la búsqueda de esa participación. Tales fueron los comunistas que formaban parte de organizaciones de carácter obrero e internacional que en 1848 decidieron publicar un manifiesto donde quisieron exponer un credo nuevo y una guía de acción para la participación política. Ese manifiesto, redactado por Carlos Marx y Federico Engels, fue titulado *Manifiesto comunista* precisamente. Su premisa básica era que los obreros como clase social no podían depender para sus reivindicaciones de partidos que representaban intereses distintos a los intereses de los obreros y que estos debían de organizarse, ellos mismos, como partido político, para defender sus propios intereses de clase.

Al declarar la necesidad del carácter clasista del partido que había de defender los intereses del proletariado, declaraban también una nueva concepción de la historia que se basaba en la estructura de clases que según ellos aparecía en toda sociedad históricamente dada en donde se mostraba que los intereses de esas clases podrían ser irreconciliables, que las clases siempre, a través de la historia, se habían presentado en una lucha permanente: «Toda la historia de la sociedad humana, hasta el día, es una historia de lucha de clases»<sup>12</sup>.

Según eso, en todo momento de la historia se ha presentado ese conflicto que enfrenta a las clases en relación con la propiedad privada de los medios de producción, de tal manera que siempre encontramos a un grupo social propietario y otro que no lo es y que se ve obligado a vender lo único que posee: su fuerza de trabajo. El propietario se convierte así en explotador del trabajo ajeno, explotación siempre inicua, pues el trabajador siempre obtiene mucho menos de lo que ha aportado en la producción de los bienes. Así, en las sociedades esclavistas de la Antigüedad encontramos enfrentados al esclavo y al propietario de esclavos; en la Edad Media, durante el régimen feudal, al siervo y al señor, y en nuestros días, en la época del capitalismo industrial y financiero, al burgués y al proletario. Esta aparición de la burguesía y el proletariado es la consecuencia necesaria de la desaparición del sis-

---

<sup>12</sup> Marx, C. Engels, F. p. 72

tema feudal por obra de la revolución francesa y la revolución industrial, y se muestra como catalizadora y simplificadora de todos los enfrentamientos entre clases y entre hombres. «Hoy, toda la sociedad tiende a separarse, cada vez más abiertamente, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases antagónicas: la burguesía y el proletariado».<sup>13</sup>

Esa sucesión de sistemas en los cuales se manifiesta el antagonismo fundamental de dos clases evidencia que ese antagonismo es la causa primera de las transformaciones históricas y que la historia tiene un sentido que la lleva a un momento en que ya no habrá confrontaciones de ese tipo, pues la eliminación de la propiedad privada y su conversión en propiedad colectiva o social eliminará el sometimiento y explotación económicas de una clase por otra. Ello sucederá cuando el proletariado, cumpliendo así su necesaria misión histórica, derribe la preeminencia de la burguesía sustituyéndola como clase dominante y construya la nueva sociedad socialista. En esta sociedad socialista se construirán las condiciones de abundancia de bienes materiales para la satisfacción de las necesidades de todos y ya no tendrá sentido la existencia de clases. Es entonces que el proletariado mismo dejará de existir como clase y se pasará a una nueva y última etapa del desarrollo histórico, ya no fundado en la lucha de clases, en el cual todos seremos iguales en obligaciones y posibilidades. Esta última etapa es el comunismo, especie de retorno, en condiciones de avanzado desarrollo tecnológico, a la edad dorada de Hesíodo.

Esta tarea que ha de realizar el proletariado, de conquistar la sociedad carente de desigualdades y dispensadora de la felicidad por obra del desarrollo tecnológico que posibilitaría la existencia de una economía sobreabundante de bienes, le corresponde por una necesidad histórica. Esta tarea tiene que realizarse empezando por la construcción de los partidos proletarios de la misma manera que la burguesía construye sus propios partidos, es decir, partidos que, a pesar de enfrentarse entre ellos por cuestiones circunstanciales no están dispuestos a hacer desaparecer al sistema burgués en el que encuentran todo tipo de ventajas. Es cierto que estos partidos burgueses eventualmente se proponen el logro de ventajas y reivindicacio-

---

<sup>13</sup> Ídem, p. 73.

nes para los trabajadores, pero éstas no son más que ligeras mejoras para mantener más ventajosamente el predominio de la burguesía. La idea revolucionaria promueve entonces la idea de partido de clase, de la clase de los proletarios, la cual no había sido considerada por los llamados socialistas utópicos, quienes, según Marx y sus seguidores, pretendían, con instrumentos inapropiados, la liberación y regeneración de la humanidad. Tal es su juicio sobre los principales promotores de estas ideas, Saint-Simon, Fourier y Owen:

«Rasgo común a los tres es el no actuar como representantes de los intereses del proletariado, que entre tanto había surgido como un producto de la propia historia. Al igual que los ilustradores franceses, no se proponen emancipar primeramente a una clase determinada, sino, de golpe, a toda la humanidad. Y lo mismo que ellos, pretenden instaurar el reino de la razón y de la justicia eterna».<sup>14</sup>

No pasaban de ser, bajo esta perspectiva, más que personas bien intencionadas pero carentes de sentido práctico, pacifistas a ultranza, ignorantes de las leyes de la historia. Su actividad práctica no sería más que inútil filantropía sin ninguna trascendencia en el tiempo, ignorantes de las verdaderas fuerzas contenidas en el proletariado para lograr por sí mismo su propia liberación por medio de su participación política no tutelada por una clase distinta, «por eso rechazan todo lo que sea acción política, y muy principalmente la revolucionaria; quieren realizar sus acciones por la vía pacífica e intentan abrir paso al nuevo evangelio social predicando con el ejemplo, por medio de pequeños experimentos que, naturalmente, les fallan siempre».<sup>15</sup>

Naturalmente, Marx y sus seguidores no ignoran los méritos de estos hombres que promovieron con personales sacrificios los cambios indispensables para mejorar las lamentables condiciones de vida de los trabajadores. Pero el reconoci-

---

<sup>14</sup> Engels, p. 123.

<sup>15</sup> Marx, C. Engels, F. p. 105.

miento de esos méritos no logra atenuar los feroces sarcasmos con que normalmente los zahieren. Con los constantes sarcasmos han logrado, rebajando a sus evidentes precursores, rebajar y desprestigiar a la vez al concepto mismo de utopía y a darle a este concepto el sentido peyorativo que lo acompaña. En este sentido afirma Engels:

«No tenemos por qué detenernos ni un momento más en este aspecto, incorporado ya definitivamente al pasado. Dejemos que los trapeiros literarios revuelvan solemnemente en estas fantasías, que hoy parecen mover a risa, para poner de relieve, sobre el fondo de ese “cúmulo de dislates” la superioridad de su razonamiento sereno». <sup>16</sup>

El juicio de los marxistas que los llevaba a denominar tan despectivamente a sus antecesores como “socialistas utópicos”, se fundamentaba en la propia convicción de que ellos sí habían formulado una teoría científica que permitía interpretar correctamente, por fin, los hechos históricos y sociales. Creían que la ciencia física y natural había avanzado suficientemente para desterrar de la ciencia en general todo tipo de concepciones fantásticas y religiosas a las cuales condenaban despectivamente como idealistas. Partían pues de una confianza ilimitada en las posibilidades de la ciencia de su tiempo.

Por otra parte, el propio Marx, partiendo de la crítica de los economistas clásicos, afirmaba haber descubierto las leyes fundamentales que supuestamente rigen la economía capitalista. Armados pues de estas convicciones, y aplicándolas al estudio de la sociedad y la historia, afirmaron haber creado la ciencia de las leyes que explicarían el comportamiento social y político de los hombres a través de todas las etapas de la historia universal. Llamaron a su nueva ciencia “materialismo histórico” o “interpretación materialista de la historia” y con ella determinaron la función histórica del proletariado como clase destinada a destruir el sistema capitalista, esencialmente injusto, y sustituirlo por una sociedad de justicia y libertad. El materialismo histórico vendría a ser, en palabras de Engels, la «concepción de los

---

<sup>16</sup> Engels, Federico, p.126.

derroteros de la historia universal que ve la causa final y la fuerza propulsora decisiva de todos los acontecimientos históricos importantes en el desarrollo económico de la sociedad, en las transformaciones del modo de producción y de cambio, en la consiguiente división de la sociedad en distintas clases y en las luchas de estas clases entre sí». <sup>17</sup>

La teoría marxista de la sociedad y la historia tiene a su vez como fundamento una concepción filosófica omniabarcante. Basados en la obra filosófica de Hegel, Marx y Engels pretendieron haber encontrado, no sólo las leyes que rigen los movimientos históricos, sino asimismo las leyes que rigen el movimiento de la materia y el movimiento del pensamiento. Estas leyes reciben en la terminología marxista la denominación de *leyes de la dialéctica* y estarían tomadas de la dialéctica hegeliana. Pero entre los marxistas la concepción hegeliana tomará un nuevo significado. A pesar de reconocerse como entroncados al pensamiento de Hegel, los marxistas censuran a éste su condición idealista, la cual sustituyen por una concepción materialista, de lo cual resultaría el llamado “materialismo dialéctico”, nombre con el cual se conoce también la filosofía de Marx y Engels.

La dialéctica marxista, fundada en la dialéctica hegeliana, supone que en todo objeto, en todo hecho y en todo concepto se encuentran elementos contradictorios en pugna constante entre sí, es lo que denominan la “unidad y lucha de contrarios”. Esa contradicción se presenta como una relación entre una tesis y su correspondiente antítesis en la cual cada una de ellas trata de anular o eliminar a la otra. La contradicción sin embargo no se resuelve con la eliminación de un contrario por el otro sino con la aparición de un nuevo momento dialéctico, la síntesis, que resulta ser un nuevo objeto o hecho, el cual contiene partes de los dos elementos contradictorios originarios, pero es algo completamente distinto. Lo resultante es inmediatamente un nuevo elemento de una nueva relación contradictoria que ha de resolverse en una nueva síntesis.

Un ejemplo de una contradicción dialéctica que se resuelve en una síntesis sería la que se encuentra en la pugna de intereses entre siervos y señores en el sistema feudal. Allí la contradicción no se resuelve con la desaparición de una de las

---

<sup>17</sup> Engels, p. 107.

clases, sino con una síntesis, la sociedad burguesa, en la cual aparece una nueva contradicción, la de burgueses y proletarios: «Las armas con que la burguesía derribó al feudalismo se vuelven ahora contra ella. Y la burguesía no sólo forja las armas con que han de darle la muerte, sino que, además, pone en pie a los hombres llamados a manejarlas: estos hombres son los obreros, los proletarios».<sup>18</sup>

Siendo como es una teoría que refleja las condiciones de la cultura de su tiempo, el marxismo manifiesta el optimismo característico de una sociedad optimista que cree en una línea ascendente de progreso. Cada nuevo momento de la historia es un nuevo peldaño en el ascenso hacia un ser cada vez mejor. Pero la confianza está afincada sobremanera en la novísima ciencia que dicen haber inventado o descubierto, capaz de dar respuesta y solución de manera automática y universal a todos los asuntos humanos y divinos, como si se tratase de un silogismo en donde puestas determinadas premisas, la conclusión se desprende con absoluta necesidad. Lo dicho encuentra su apoyo en el siguiente pasaje de Engels:

«Sólo siguiendo la senda dialéctica, no perdiendo jamás de vista las innumerables acciones y reacciones del devenir y del perecer, de los cambios de avances y retrocesos, llegamos a una concepción exacta del Universo, de su desarrollo y del desarrollo de la humanidad, así como de la imagen proyectada por ese desarrollo en las cabezas de los hombres».<sup>19</sup>

La confianza en las afirmaciones del materialismo dialéctico se extiende al campo de la acción política del proletariado. La acción revolucionaria resulta ser también una especie de ciencia aplicada. Puesto que el papel del proletariado en la transformación de la sociedad y la humanidad está determinado por las leyes de la historia, no tiene sentido ocultar lo que irremediamente va a ocurrir, pues ello determinará a su vez la elección consciente del camino acertado, a pesar de que ese camino tenga que ser el camino de la violencia, como claramente lo afirma Engels: «Los comunistas no tienen por qué guardar encubiertas sus ideas e intenciones.

---

<sup>18</sup> Ídem, p.79.

<sup>19</sup> Engels, p. 137.

Abiertamente declaran que sus objetivos sólo pueden lograrse derrocando por la violencia todo el orden social existente».<sup>20</sup>

Las críticas del marxismo a los llamados por ellos socialistas utópicos se basan en la convicción de que éstos no trataban científicamente ni los aspectos teóricos de sus doctrinas ni los aspectos prácticos necesarios para llevarlas a cabo. Los socialistas utópicos tenían propósitos irrealizables, pues ignoraban la naturaleza de las relaciones sociales, especialmente lo relativo a la lucha de clases y al carácter irreconciliable de sus diferencias, sin lo cual no podrían establecer objetivos razonablemente predecibles, ni conocían tampoco el papel fundamental que debía jugar el proletariado en la liberación de la humanidad. Los marxistas, por el contrario, creían que habían encontrado la verdad irrefutable, los objetivos precisos y el instrumento adecuado, pues habrían superado las carencias de fundamentación científica propia de las utopías. Al respecto, Copleston afirma que: «Al calificar de utópicos a los socialistas franceses, en lo que pensaban ante todo Marx y Engels era en la incomprensión por aquéllos de la naturaleza del antagonismo entre las clases y de lo irreconciliable entre sus intereses».<sup>21</sup>

La pretensión de ser una ciencia, que se atribuye el pensamiento marxista, perdura aún en nuestros días, y son muchos los que basándose en ese pensamiento hacen investigaciones, especialmente en el campo de las ciencias sociales, de cuyo carácter rigurosamente científico no dudan en ningún momento ni se detienen a pensar que en realidad se trata de algo muy discutible. Hasta hace muy poco tiempo era hartamente frecuente, ahora lo es menos, oír hablar en esos medios de lógica dialéctica o de biología, física o química dialécticas. Sin embargo, al observar el panorama de la investigación científica actual y sus aplicaciones prácticas, apreciamos que el marxismo es sólo una de las muchas maneras de concebir el mundo que tienen iguales pretensiones. Su afirmación de que los antagonismos entre las clases son irreconciliables, podría, en general, suscribirse, pero esa evidente realidad no obliga, como sostiene Copleston, «a sacar la conclusión de que el marxismo sea científico en cuanto opuesto al socialismo utópico».<sup>22</sup> Comparado con el socialis-

<sup>20</sup> Marx, C. Engels, F., p. 108.

<sup>21</sup> Copleston, Frederick. *Historia de la Filosofía*, Tomo 9. p 82.

<sup>22</sup> Copleston. *Ibíd.*, p.66.



mo utópico y las utopías del Renacimiento el marxismo aparece como más fantástico, porque éste pretende alcanzar de plano, y por asalto, lo que sus predecesores proyectaban mediante procedimientos graduales, la observación de los hechos y la educación. La principal característica de la ciencia es su racionalidad y objetividad, de donde se deriva la verdad de sus proposiciones. El hecho de que las prácticas políticas marxistas tengan que sustentarse en la fuerza echa por tierra su cientificidad.

El así denominado “socialismo científico” tuvo su existencia práctica de la misma manera que los falansterios y otras asociaciones de los “socialistas utópicos”. La creación de repúblicas socialistas a principios del siglo XX hizo creer a muchos en que finalmente se había realizado la búsqueda utopía que, gracias a la aplicación de métodos científicos a la administración social y al desarrollo de las fuerzas productivas, finalmente llevaría a la humanidad a la plena satisfacción de sus necesidades materiales y espirituales. Pero la desaparición de casi todos esos ensayos de repúblicas socialistas mostró cuán alejados estaban de la meta propuesta. Sin embargo, esos fracasos, como todo lo que tiene que ver con la experiencia, no indican nada acerca de la imposibilidad de una repetición exitosa. De hecho no son pocos quienes todavía promueven la revolución socialista científica, rectificando los errores cometidos, para alcanzar la elusiva felicidad. La búsqueda de la utopía parece formar parte de la condición humana.

## BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor. *Dialéctica negativa*. Taurus Ediciones. Madrid, 1975.
- Adorno, Theodor y Horkheimer, M. *Sociológica*. Taurus Ediciones. Madrid, 1979.
- Baczko, Bronislaw. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires, 1991.
- Bueno, Gustavo. *Etnología y utopía*. Júcar, Madrid-Gijón, 1987.
- Cammilleri, Rino. *Los monstruos de la razón*. Plaza Edición. Madrid, 2007.
- Carbonell, Neus. Vega, María José (eds.): *La literatura comparada: principios y métodos*. Editorial Gredos. Madrid, 1998.

Cole, G. D. H. *Historia del pensamiento socialista*, F.C.E., T. I. México, 1957.

Copleston, Frederick. *Historia de la Filosofía*, T. 9, Editorial Ariel S. A., Barcelona, 2000.

Del Águila, Rafael, Vallespin, Fernando. *Historia de la teoría Política Vol.2*. Alianza Editorial. Madrid, 1995.

Engels, F. *Del socialismo utópico al socialismo científico*. En Marx, C., F. Engels. *Obras escogidas*, T. III. Ediciones de Cultura Popular, S. A. 1974.

Esquerra, Ramón. Prólogo y notas a la *Utopía* de Thomas More. Editorial Apolo. Barcelona, 1948.

Ferguson, John. *Utopias of the Classical World*. Thames &Hudson. London, 1975.

Fernández-Galiano, Manuel. *Introducción a la República de Platón*. Alianza Editorial S. A., Madrid, 2003.

Fourier, Charles. *Teoría de los cuatro movimientos*. Barral Editores S. A. Barcelona, 1974.

Frank, E. Manuel. *El pensamiento utópico en el mundo occidental*. Taurus. Madrid, 1984.

Frank, E. Manuel. *Utopías y pensamiento utópico*. Espasa-Calpe.1982.

Friedländer, Paul. *Platón*. Editorial Tecnos. Madrid, 1989.

Garin, Eugenio (y otros). *El hombre del Renacimiento*. Alianza Editorial. Madrid, 1993.

Godzich, Wlad. *Teoría literaria y crítica de la cultura* (Traducción de Josep-Vicent Gavalda). Universidad de Valencia, 1998.

Jaeger, Werner. *Paideia*, FCE. México, 1962.

Nuño, Juan. *El pensamiento de Platón*. Ediciones de la Biblioteca de la UCV. Caracas, 1963.

Mannheim, Karl. *Ideología y utopía*. Ed.Aguilar. Madrid, 1966.

Marx, C. Engels, F. *Obras escogidas* T. III. Ediciones de Cultura Popular, S. A. México, 174.

Marx, C. Engels, F. *Manifiesto del partido comunista*. Talleres Litográficos de Avelar Hermanos Impresores, S. A. México, 1969.

Moledo Leonardo y Esteban Magnani. *Diez teorías que conmovieron al mundo*. Editorial Capital Intelectual. España, 2009.

More, Thomas. *Utopía*. New York: Appleton-Centruy Crofts, 1949.

Moro, Campanella, Bacon, *Utopías del Renacimiento*, F.C.E. México, 1999.

Orwell, George. "1984". Editorial Guillermo Kraft. Buenos Aires, 1955.

Ovidio. *Las metamorfosis*, en Horacio, Ovidio, Virgilio, *Poetas latinos*, EDAF. Madrid-Buenos Aires, 1967.

*Platonis Opera*. Oxford University Press, 1978. Scriptorvm classicorvm. Bibliotheca Oxoniensis. (Recognovit brevique adnotatione critica instrvxit Ioannes Burnet).

Platón. *Obras Completas* (Trad. Juan David García Bacca). Coedición de la Presidencia de la República y la Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1980.

Popper, Karl. *La sociedad abierta y sus enemigos*. Ediciones Orbis, S. A. Barcelona, 1984.

Reynolds, E. *Thomas More and Erasmus*. Fordham University Press, 1965.

Ross, David. *Plato's theory of ideas*. Oxford, Clarendon Press, 1951.

Ross, David. *Teoría de las ideas de Platón*. Ediciones Cátedra, S. A. Madrid, 1997.

Saint-Simon, C., *Catecismo Político de los Industriales*. Ediciones Orbis, S. A. Barcelona, 1985.

Wolf, J. *Filosofía Política, una introducción*. Editorial Ariel S. A. Barcelona, 2001.

Xenofón, *Sokrates, (Toda la obra del gran historiador a propósito de su maestro)*. Clásicos Bergua. Madrid, 1966.